

NOTAS

DE JOSÉ ASUNCIÓN SILVA A JOSÉ FERNÁNDEZ DE ANDRADE O LA AUTOBIOGRAFOBOMANÍA DEL DISCURSO LITERARIO

Cuando los críticos y poetas comprometidos hablan de las relaciones que existen entre la literatura y la sociedad, hay quienes rasgan sus vestiduras al oír lo que para ellos suena a despropósito; y de igual manera, si los que ignoran las relaciones que puedan existir entre toda sociedad y su literatura tratan de demostrar la existencia del arte puro, aquéllos mesan sus cabellos y sus barbas; pero nadie procura, por el bien del arte y de la literatura, ni desenrespar sus barbas, ni sosegar sus cabellos, ni mucho menos remendar las rotas vestiduras.

Y es que parece que si decimos que un personaje, un poema o una novela son autobiográficos estamos inclinando la balanza de la crítica hacia una ideología materialista; y si hablamos de que nada hay en la obra que tenga que ver con la realidad, entonces estamos mostrando que somos idealistas; que si decimos que José Fernández de Andrade es el propio José Asunción Silva estamos demeritando al poeta y a su obra. En otras palabras, existe una cierta manía de considerar negativo a todo lo que tenga color autobiográfico, hay un miedo o fobia a todo aquello que esté —o simplemente parezca— teñido de realidad.

Por nuestra parte, creemos que no debe existir esa *autobiografomanía* cuando se tratan las cuestiones del arte, ya que ningún discurso literario —por original que parezca, o pretenda ser— puede alejarse tanto de la realidad del poeta creador como para que por lo menos una mínima parte no sea autobiográfica o no tenga alguna relación con las vivencias del autor. Porque no sólo es biográfico o vivencial lo anecdótico que conocemos de un artista, sino todo aquello que ha pasado como experiencia, consciente o inconsciente, por la vida o por la mente del Yo o del destinador de una obra de arte.

Tampoco pretendemos afirmar con lo dicho que *De sobremesa* o José Fernández de Andrade sean plenamente —ni mucho menos, peyorativamente— autobiográficos; pero sí que algunos aspectos de su ficción dan pie para afirmar que lo novelado tiene parte de realidad, como dice el maestro Fernando Charry Lara: “No ha dejado de conjeturarse que, en su novela *De sobremesa* y a través del personaje José Fernández, Silva aludió de algún modo, sin dejar de novelar, a los caracteres psicológicos de su propia personalidad” (1989, pág. 3).

Ahora bien, no obstante lo expresado, José Fernández de Andrade no es una autobiografía de José A. Silva ni tampoco una ficción pura, aunque los límites entre ficción y realidad solo pudo haberlos precisado el creador del personaje. Conocemos la homonimia de sus nombres de pila y el rol social de ‘poetas’; conocemos de sus viajes a Francia, Suiza e Inglaterra, ocurridos en Silva unos años antes que en Fernández; sabemos de sus gustos por la medicina y las ciencias naturales —muy en boga tanto en las corrientes artísticas como en la filosofía del siglo XIX— especialmente en cuanto a ‘fisiología y neuropatología’ (CHARRY LARA, *op. cit.* pág. 9); y muchos otros detalles que los aproximan dentro del mundo fabular, o mejor, que aproximan la fábula a la historia. Pero los detalles y las coincidencias no permiten, en el rigor de la palabra, afirmar inequívocamente acerca del carácter autobiográfico de José Fernández.

Porque suele también ocurrir que en la formulación del aparato discursivo, el autor crea el personaje dotado de una estructura sémica total: QUERER, SER, SABER Y HACER, aparentemente distanciados de su experiencia vital, y en tal presupuesto decimos que José Fernández de Andrade no es un personaje autobiográfico, en la acepción corriente que damos a esta palabra en los términos de la crítica literaria.

Pero, en el sentido lingüístico —y no peyorizado del vocablo—, si nos damos cuenta de que lo plasmado en la novela —y la novela misma— es un discurso que ha sido formulado por una mente humana que ha vivido, soñado y actuado, antes como hombre que como novelista, entonces en José Fernández de Andrade debe haber algo de Silva, y en éste —por reatualización— un poco de Fernández. ¿Quién, si no Silva, es el que sabe lo que nos dice que sabe José Fernández? ¿Quién, si no Silva, es el que quiere y ejecuta las transformaciones —así sea imaginariamente— de Fernández? ¿Quién, si no Silva, fue el que fue y vivió, o pudo vivir, al menos, las escenas de Fernández en Suiza, París y Londres?

De manera que tanto la supuesta autobiografía como la pretendida asepsia del discurso literario son absolutamente imposibles y nacen de las ideologías ondeantes y variables que la moda pretende dar a la obra

literaria, para mostrarla a veces como comprometida con la realidad –más allá de lo que concierne a la referencialidad lingüística–, y otras como un bastión del arte puro, incoloro e insípido, a espaldas de la natural motivación del signo que, como crítico no podemos negar.

LA IMAGEN DEL ESPEJO O COSMOMIRRORIZACIÓN

Hemos acuñado este término tomándolo de SILVA (*Hispania*, 1989) para mirar el mismo problema desde otro punto de vista, también lingüístico por supuesto, de tal manera que en un sentido amplio quiere decir una visión de mundo al modo como se ven las imágenes es un espejo.

Así pues, podemos decir que, puesto José Asunción Silva frente al espejo del discurso ficcional observamos a José Fernández de Andrade, que no es el autor sino la creación de este, que va a llevar –virtuosismo de la imagen– su semejanza en el plano actancial, sus aproximaciones en la investidura sémica actorial [el nombre y algunos roles, por ejemplo], sus correspondencias fabulares y su causi-identificación en el discurso como producto de la actividad simbolizadora, que no está en el nombre del personaje, a pesar de lo dicho, sino en la actividad nominadora del poeta.

Porque el personaje como creación, es y no es, equivale y no equivale al autor. *Es* en la medida en que las actividades intelectivas del cerebro –el lenguaje– tienen una base común: la experiencia vital, para conformarlo y concebirlo; y *no es*, porque todo actor sémico es pretérito al momento de creación discursiva. *Equivale* el personaje al autor, o por lo menos al autor fantasma que supone el lector fabular ante un discurso de narrador en primera persona; y *no equivale*, pues allí – en *De sobremesa* – gran parte de la ficción novelada está expresamente concebida como un libro prescrito, que simplemente es leído o actualizado por otros personajes, como quien dice, una novela dentro de la novela, en la que el personaje central es lector de sí mismo, y participa como tal de dos planos dentro del relato. Hay, pues, un José Asunción que crea a un José Fernández que lee las experiencias que escribió el José Fernández del relato dentro del relato; experiencias que, naturalmente son producto de la experiencia real o imaginaria del propio José Asunción Silva.

Nos preguntamos, por ejemplo, ¿quién será el actor ante el espejo en el siguiente fragmento?

Lo que me hizo escribir mis versos fue que la lectura de los grandes poetas me produjo emociones tan profundas como son todas las mías; que esas emociones subsistieron por largo tiempo en mi espíritu y se impregnaron de mi sensibilidad y se convirtieron en estrofas. *De sobremesa (Obra completa, pág. 32).*

Nosotros mismos que lo hemos transcrito no dudáramos en afirmar que el actor es el propio José Asunción, es decir que se trataría de una autobiografía del poeta-autor de *De sobremesa*; pero esta afirmación, como decíamos, es y no es verdadera. Lo es porque, efectivamente, la novela es de Silva; pero no lo es, por cuanto que dentro de la trama ficcional [la imagen dentro del espejo] corresponde a una investidura sémica del actor José Fernández de Andrade. De modo que si la investidura sémica de un actor del micromundo ficcional se puede confundir con la investidura sémica de otro actor del mundo real, sin que los dos actores puedan confundirse, podemos decir que se trata de una visión ante el espejo, o mejor –aunque no castizamente hablando– de una MIRRORIZACIÓN.

De esta manera, creemos que, lo interesante dentro de la crítica del arte – de la literatura, en este caso –, no es averiguar en cierto modo qué tanto hay o no hay de autobiográfico en una obra determinada, *De sobremesa* o en algún personaje especial, por ejemplo, sino mirar qué tanto ha logrado distanciar el autor de la vida de sus personajes, y el mundo histórico-geográfico de la realidad del micromundo de la ficción; pues aunque este y aquél deban ser semejantes, como el objeto y su imagen ante el espejo, no son la misma cosa, ni es el mismo ordenamiento axiológico, ni mucho menos la misma base de organización.

Y del propio modo, José Fernández puede presentar pocas o muchas coincidencias fabulares con la realidad histórica de José Asunción Silva, pero eso no ha de ser lo importante para la crítica objetiva, sino cómo y por cuáles medios y uno y otro se distancian para lograr los efectos del arte propios de la época de su creación, y cuál es la vigencia estética que perdura gracias a su proceso de distanciamiento. De suerte que de José Asunción Salustiano Facundo Silva Gómez a José Fernández de Andrade, a pesar de sus semejanzas y coincidencias, habrá siempre una distancia absoluta que les permite aproximarse sin tocarse –distancia equivalente a la profundidad del espejo impuesto por la cultura del investigador–, y, como en la imagen del *mirror*, lo que en uno es ‘derecho’ es ‘izquierdo’ en el otro, etc. para lograr una exacta y semejante, pero jamás sobrepuesta ni compenetrada, conformación artística.

LUIS JOSÉ VILLARREAL VÁSQUEZ

Instituto Caro y Cuervo.